

JAIME ARTEAGA NOVOA, “JAIME DE LUCÍA”

*N*ació en Tamuín, San Luis Potosí, el 6 de abril de 1950, pero al siguiente año se mudó a Aguascalientes. Estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México y recuerda a sus maestros Fernando Benítez y Miguel Ángel Granados Chapa. Dice ser periodista antes que escritor, pues trabajó durante 40 años en diarios, estaciones de radio y canales de televisión. Sus series “Historias no contadas” y “Orígenes” han traspasado la frontera mexicana. Ha publicado varios libros, entre ellos, *Un lugar llamado Aguascalientes; Cada tema con su loco; Chichimecas, españoles y mulatos; Maratón; El Hotel Quemado; El Chan del Agua; Relatos de una época; Retrato fiel de un soñador*. Se declara enamorado eterno de Rocío Dúrcal y de La Cofradía.

Amor platónico

Mis libros de alumno de secundaria invariablemente ostentaban bajo el forro de hule transparente fotografías de mi amor platónico, una españolita de ojos tiernos, boca hermosa y dulce voz conocida como Rocío Dúrcal.

Por supuesto, ella ni me hacía en el mundo, pero yo seguía sus pasos a través de películas y discos, o bien, en los pormenores que daban de su vida, revistas y periódicos de la época. Mis condiscípulos se burlaban y me hacían bromas pesadas, cómo esconder la sonrisa de aquel amor temprano que adornaba mis cuadernos y demás útiles escolares.

En vez de desaparecer con los años, mi cariño hacia esa mujer inalcanzable en apariencia fue creciendo. Si algo cambió, fue que con el tiempo dejé de hacer ostentosa mi admiración por ella; la seguía amando, eso sí, aunque ahora en silencio y sin dejar de acudir a los estrenos de sus películas y adquirir cada disco que lanzaba.

Era la España de los años sesenta, gobernada por el dictador Francisco Franco y –no podía ser de otra forma– mi adorada Rocío se había revelado y luchaba contra la imposición. Su militancia política hizo que mi admiración por ella creciera.

Soñaba con sus ojos, dormido o despierto, imaginaba que algún día la conocería y, cuando menos, podría decirle cuánto la quería, cuánto me gustaban sus canciones y sus películas, sus gestos y su risa.

Ella seguía su carrera y yo la mía, ahora como estudiante de periodismo, lo que me obligaba a leer periódicos y revistas como tarea principal y, en un momento de éstos, ya en la década de los setenta, leí que Francisco Franco había muerto. España estallaba en júbilo y yo me alegré también, porque Rocío dejaría de ser perseguida y estaba contenta de seguro.

Las noticias sobre España seguían sucediéndose. El dictador había muerto, pero, ¿qué sería ahora del país de mi amor platónico?

Diario acudía a los estancillos de periódicos en busca de noticias, hasta que un día, en uno de ellos, me encontré una revista “para caballeros”, en cuya portada decía: “En este número verás a Rocío Dúrcal como nunca la habías visto. Así celebra esta gran artista la liberación de su país”. Sí, Rocío había posado desnuda para esa revista y yo quedé estaqueado en el piso sin saber qué hacer, con el corazón dándome brincos queriendo salir por mi boca.

Busqué en mis bolsillos todas las monedas que poseía y logré completar el costo de la revista; como quien carga con algo preciado, caminé a toda prisa al departamento donde compartía el espacio con otro estudiante. Llegué y, sin esperar siquiera a recuperar el resuello, me tendí en la cama a contemplar a mi amor imposible, tal como la madre naturaleza la trajo al mundo. Hermosa, simplemente hermosa, delicada, un cuerpo sin estridencias, su mirada igual de tierna y su boca también.

Los años seguían su marcha inexorable, habíamos dejado atrás la juventud y ya éramos adultos con más de 50 años a cuestas. Ella seguía como la cantante exitosa de siempre y yo con algunos años dentro del periodismo, cuando inesperadamente apareció en el diario donde escribía una entrevista con ella, realizada por una compañera en una conferencia de prensa que ofreció antes de su actuación en el palenque. Quedé petrificado, la oportunidad de mi vida para conocerla me había pasado de noche; cuando reaccioné, ya estaba en España o quién sabe dónde, pero cabía la posibilidad de que volviera a la feria siguiente.

Ese año se me hizo eterno, pero volvió, actuaría de nuevo en el palenque y ofrecería también una conferencia de prensa. Acudí con el corazón alborozado y la ilusión guardada por décadas, intacta.

Fui el primero en llegar; la mesa estaba dispuesta para la conferencia, los micrófonos instalados. Ser puntual me sirvió para escoger lugar exactamente frente a ella, a dos metros de distancia. No lo podía creer. Comenzaron a llegar camarógrafos y reporteros; nos ofrecieron café y galletas y, de pronto, apareció, ahora convertida en una mujer madura, se le notaban los años, pero seguía igual de hermosa y su mirada tierna; ahora creo, era lo que más me gustaba de ella.

Estaba frente a mí repartiendo sonrisas, la mujer con la que había soñado por décadas, cuando comenzaron las preguntas. Que si era feliz con su marido, que si le gustaba México, que si le gustaba la gente de Aguascalientes, que si la feria, en fin. Yo, embelesado, no participé, había ido sólo a verla.

De rato, comenzaron a escasear las preguntas y mis colegas recogieron sus arreos de trabajo, prestos a retirarse. Yo seguía frente a ella, hasta que me dijo:

—¿Y tú no haces preguntas?

—No, Rocío —le dije—, yo sólo vine a conocerte, es algo que quiero hacer desde que era estudiante de secundaria, mis libros y libretas estaban adornadas con tus fotografías, con tu sonrisa. Te quiero conocer desde que coleccionaba tus discos y no me perdía tus películas.

La cara de Rocío fue adoptando una sonrisa, la misma de mis libros, y con ella me alentaba a que le siguiera platicando. Le conté de sus fotografías cuando murió Franco y se rio. Con su acento que me volvía loco me dijo:

—¡Claro, era el momento de tirar cadenas y ataduras e incluso hasta la ropa!

Reímos de buena gana, los pocos colegas que aún permanecían en la sala no alcanzaron a escuchar y tal vez no hubieran comprendido, la mayoría eran niños entonces o no habían nacido.

Rocío se levantó, me extendió la mano y me condujo hasta la orilla de la mesa; una vez ahí me dijo:

—Gracias, señor, me habéis alegrado la mañana, no es por presumir, pero tengo muchos admiradores; ninguno se había acercado a decírmelo así como lo has hecho tú. Gracias.

—Nada que agradecer, Rocío, pero sí aclararte que no soy tu admirador; tú eres mi amor platónico, eres mi Dulcinea del Toboso. Ella volvió a reír, besó mi mejilla y se fue.

Pasaron unos cuantos años y Rocío murió luego de luchar largo tiempo contra el cáncer. Fue una tarde gris con lluvia, recuerdo bien. No pude contener las lágrimas.

Broma pesada

El joven quedó muerto ahí mismo, su acompañante tiró la pistola y salió corriendo con un papel en la mano; era una fotografía —según dijo la mesera que los atendió—. Los feriantes se quedaron paralizados y entre ellos se abrió paso el asesino para escapar.

—¡Deténganlo, mató a un hombre! —reaccionaron unos—. ¡Un doctor! ¡Un cura! —clamaban otros. Por el rumbo del Palenque aparecieron los policías al escuchar los gritos y fueron por él, aunque sin éxito. Al muerto lo taparon con un mantel y esperaron a las autoridades.

—Estaban tranquilos, yo les llevé cervezas mientras platicaban y reían, como si todo estuviera bien, hasta que este difuntito le mostró una fotografía a su amigo y en cuanto la vio, sacó la pistola y le metió un tiro en la cabeza, sin mediar insultos ni nada —dijo la mesera a los investigadores.

—¿Una fotografía dice usted?, ¿de qué?, o ¿de quién?

—Una mujer, y estaba en cueros. Acá entre nos, estaba de buen ver y no es que me gusten las mujeres, pero sé reconocer —aclaró la mesera.

Una mujer desnuda en un retrato era la única pista sobre el asesinato del joven fanático del nuevo arte y dueño del único laboratorio fotográfico en el poblado.

El fugitivo, por su parte, era hijo de buena familia y estaba por casarse con Josefina del Real, hija de un minero acaudalado querido por sus generosos donativos para obras pías. Ambos jóvenes eran íntimos amigos, casi hermanos. ¿Qué pudo generar el crimen? ¿Por qué una mujer desnuda en una foto? ¿Quién era ella?

De momento, la feria apaciguó los comentarios, no el pesar de los familiares, pero cuando apagaron las luces de la verbena, la inquietud cobró fuerza. Mientras no detuvieran al homicida, no se sabría la verdad. La otra alternativa era catear el laboratorio.

—Si tuviéramos la fotografía —cavilaba el procurador en su desesperación por resolver el caso como se lo exigía el gobernador, presionado a su vez por la sociedad. Los interrogatorios a la mesera y a otros testigos no arrojaron novedades. Una mujer desnuda en una fotografía vio ella, los demás ni eso, ellos más bien voltearon al escuchar el disparo y se espantaron.

Josefina del Real cayó en depresión. Los preparativos de su boda estaban en marcha y ahora su novio andaba oculto, quién sabe dónde, para no ir a la cárcel. ¿Por qué?, se preguntaba también ella en su desesperación. Una fotografía, el difunto hacía muchas, su obsesión era disparar la cámara y trabajar en el laboratorio, ésa era su vida.

Los días transcurrían con más dudas que respuestas y el fiscal desesperado ordenó catear el laboratorio del fotógrafo, su casa también, todo lo que tuviera que ver con él, para obtener alguna pista, algo de dónde asirse para iniciar la investigación con algo concreto, un motivo, lo que fuera.

Para esto, el caso del fotógrafo asesinado trascendió los límites del pueblo. Para junio las casas de huéspedes albergaban a periodistas de la capital y la región. Había agitación como

no se veía desde la Guerra Cristera, última vez que aquí había corrido sangre por violencia; los años de paz se habían quebrantado de manera extraña.

La orden de cateo se hizo efectiva una mañana ante la expectación popular; las actividades se suspendieron porque la gente estaba reunida frente al laboratorio. Adentro, los investigadores y el fiscal no tardaron en dar con fotografías de mujeres desnudas, entre ellas la de Josefina del Real. El hallazgo –según las autoridades– resolvía el caso. El fotógrafo retrató desnuda a la novia de su amigo, quien, celoso de que alguien pudiera ver así a su futura esposa, lo mató.

Entre los periodistas atraídos por el caso había fotógrafos y uno de ellos echó abajo las teorías del fiscal y sus ayudantes: la cara era de Josefina, el cuerpo no. Eso se lograba mediante un montaje, procedimiento conocido sólo por alguien dedicado a eso, del cual se valió el difunto para jugarle una broma a su amigo... y le costó la vida.

De cualquier forma, la reputación de la futura casadera quedó por los suelos y mejor se fue a un convento, mientras que su novio se hizo viejo en la cárcel.

De sur a norte

Lucrecia, Regina, Montserrat, El Güero y Fabián llegaron de madrugada al lugar convenido donde iban a encontrarse con un hombre mayor, quien los llevaría a conocer pueblos, leyendas y lugares sembrados a lo largo de la Ruta de la Plata.

Ellos eran estudiantes y se las arreglaban para combinar el estudio con el *reventón* y, así como para descargar culpas, decían sentirse interesados en la historia, no la de los libros, sino la contada por quienes disfrutaban ir cargando relatos por la vida.

El Güero y Fabián, como siempre: medio crudos. Ellas, como de costumbre: enojadas con los galanes por andar con

ese maldito aliento mata pasiones. Se aguantaban o le ponían también, porque, después de todo, el par de golfos no eran aburridos como sus otros compañeros, aunque olieran a pera pasada todo el tiempo.

Lucrecia era novia del Güero, con derecho a todo; Regina andaba con Fabián, aunque todavía no muy convencida, y Montserrat acababa de tronar con su novio porque a él le gustaba más la contabilidad que andar metido en las cuevas viendo pinturas de los nahoas.

El grupo era una fraternidad. A pesar de los pleitos, se querían, y de eso platicaban precisamente cuando llegó el guía. A esa hora apenas se insinuaban los cerros, nopales y matorrales y hacía algo de frío.

La Suburban del papi de Montserrat salió impetuosa a la carretera. El guía como copiloto decía por dónde: lo primero era llegar al centro ceremonial donde están pintados seres de otro mundo. Ahí comenzaron a subir un cerro y de rato Fabián reaccionó acerca del terreno que pisaban. Eran gradas, una escalinata maltrecha por el tiempo, todavía transitable. Luego advirtieron terrazas en varios niveles, donde El Güero apeteció besar a Lucrecia y acariciarla.

El guía con su dilatada experiencia les puso su etiqueta a cada uno mientras trataba de explicarles que ese lugar fue habitado por tribus antiquísimas.

—Les decían salvajes —explicó— porque no eran dados al confort, sino a la guerra. Nosotros no los entenderíamos con nuestra forma de pensar. Ellos eran seres, no me atrevo a asegurar si extraterrestres, pero eso sí, tenían amigos muy extraños, según consta en sus pinturas que dejaron por todas partes. Aquí donde estamos todavía seguido descenden naves entre los cerros y de ellas bajan seres raros, con la cabeza ancha de arriba y angosta de abajo, el torso alargado en comparación con sus piernas que podrían parecerse a las nuestras.

Montserrat le había dado unos tragos al tequila de Fabián y no supo en qué momento aquel viejo que hablaba, sin importarle si lo escuchaban o no, comenzó a gustarle.

El Güero propuso ir al menudo porque ya no aguantaba la cruda y nadie le hizo caso. El guía, a su vez, dio indicaciones de partir: “Querían conocer leyendas y misterios, ahora se joden”.

—El Llano fue territorio chichimeca alguna vez, y durante la conquista, lugar de asaltos del célebre bandido Juan Grande —narraba en el camino—. Por toda la llanura hubo enfrentamientos entre indios y soldados, después, entre la tropa real y los salteadores de caminos. De ahí se nutren las historias que pasan de padres a hijos, relatos de tesoros fabulosos y seres del más allá dispuestos a dar información a cambio de almas.

La Suburban comenzó a subir de sur a norte por El Llano y se detuvo cerca de El Tecuán, donde hay un templo abandonado alguna vez dedicado a la Virgen del Refugio, construido de piedra y laja, con algún detalle gótico y marcos de cantera labrada.

El guía señaló hacia arriba y por una escalera de caracol llegaron al campanario enmudecido; desde ahí contemplaron la inmensidad de El Llano y no les fue difícil imaginar cuando era el granero de la región y las caravanas llegaban con toda clase de mercaderías, conducidas por hombres ávidos de tesoros.

Lucrecia y El Güero se quedaron a fajar un rato en la escalera de caracol; Fabián trataba de convencer a Regina, y Monse ya andaba del brazo con el guía.

La Suburban entró rechinando las llantas a la carretera. Al fondo se veía el Cerro de Juan Grande, pero aún estaba lejos; los que estaban a la vista eran los silos de Los Conos, una comunidad de fantasmas donde sólo quedan las historias y los gigantes de adobe, donde alguna vez almacenaron toneladas de granos, eso en los buenos tiempos.

Lucrecia propuso entrar a uno de esos silos enormes. —Vamos —dijo—, se antoja ver qué hay dentro.

Monse jaló al guía y los demás los siguieron; adentro, voltearon a lo más alto del cono, donde había una ventana por donde arrojaban los granos hasta llenar el cuenco inmenso, a veces con maíz, otras con frijol o trigo.

Nadie atinó la capacidad del gran cono de adobe. Monse, por decir algo, calculó cincuenta toneladas, el guía dijo diez mil; El Güero le propuso a Lucrecia regresar otro día para quedarse a dormir, y Regina, por fin, dejó que Fabián se la acercara por atrás y le besara el cuello.

—Por todo El Llano se repite la imagen —dijo el guía al pasar frente al par de ancianos que platicaban en el quicio de una casa. Los viejos hablan lo mismo de siempre de distinta manera. Son los portadores de la tradición oral en espera de un oído receptivo, así hasta ver pasar la carreta que habrá de llevarlos al cementerio.

En la vieja hacienda de Palo Alto fueron al encuentro de esa leyenda arrancada de algún libro de fantasías. En el templo principal está desde hace más de dos siglos la campana de oro fundida con los collares, aretes y anillos de la gente pudiente de entonces.

—Palo Alto guarda el esplendor de otras épocas, sus construcciones de paredes gruesas han resistido el paso del tiempo y no dejan escapar los recuerdos. No podía ser de otro modo en una comunidad forjada a la vera de la Ruta de la Plata y, por lo mismo, urgida de una campana con sonido diferente para guiar a los viajeros. La original se abrió y los vecinos, fieles a la tradición, mandaron fundir otra, de oro también, para que los espectros del camino no se pierdan y no haya duda, incluso en la noche más cerrada, que Palo Alto está cerca.

Monse lo abrazó.

—Eres mi chamán y te quiero —le dijo.

La Suburban cogió otra vez rumbo al norte. En los asientos traseros, Lucrecia y El Güero, Regina y Fabián, intercambiaban

fluidos mezclados con tequila, luego llegó el clásico olor a pe-tate quemado.

—Haberlo dicho —comentó el guía—, no me gustan los que se cruzan, se ponen muy babosos.

—Aquí es Pilotos, ¡despierten alucinados! Voy a contarles la historia de esta cruz y por qué se encuentra en la plaza principal. Aquí fue enterrado Jesús Contreras, muerto a puñaladas por su compadre un 24 de octubre de hace muchos años. Todo porque los amarranavajas anduvieron calentándolos hasta terminar en lo que acabó. Uno quedó para siempre en esta plaza, el otro murió en la cárcel.

—Dicen que el problema fue por un tesoro, porque aquí siempre está abierta la posibilidad de encontrar en cualquier rincón los cántaros repletos de centenarios. Otros dicen que fue un lío de amores, porque aquí, como en todas partes, también es posible un desliz con la comadre.

Los más crudos propusieron un pulque en Calvillito y nuevamente el guía intervino para calmar los ánimos.

—Ustedes piensan que pulque, tequila y ron son lo mismo, ¿verdad? No, muchachitos, el pulque es sagrado, es el néctar de los dioses y no es para andar de bravucón o curarse una cruda, es para relacionarse.

—No le hace, vamos —dijo Fabián con la intención de emborrachar un poco a Regina, a ver si de una vez. Y se fueron a Calvillito.

—Así es la vida por acá —dijo el viejo. La nueva geografía habla de un municipio, pero El Llano es más bien una región de leyendas y fantasmas sin límites precisos, las almas en pena no saben de esas sutilezas, ellas, lo mismo andan en Sandoval que en El Zoyatal, o llegan a Calvillito a tomar pulque y que alguien cuente la noche de terror vivida aquí por Francisco Villa al llegar a este lugar con los despojos de la División del Norte, antes de seguir su camino al norte, luego del infierno de Celaya.

El pulque les cayó de peso a los inexpertos. El Güero y Fabián se quedaron dormidos en las afueras de Calvillito. Regina, Lucrecia y Monse regresaron a Los Conos con el guía y ahí pasaron la noche.

Guerrillero

Me hubiera ido a la guerrilla cuando pude, no ahora porque caería fácilmente en manos del imperio. Hubiera estado en Nicaragua combatiendo a los contras o en El Salvador con los ejércitos populares.

Me habrían matado, tal vez, pero hubiera sentido lo que es tomar una plaza de armas. Hubiera sido guerrillero, para no ir tan lejos, con Genaro y Lucio. La verdad, siento que me faltaron y ahora me sobran, pero ya no puedo, me atraparían como pichón indefenso.

Hubiera sido guerrillero cuando hubo manera en medio del pastizal encendido. En Bolivia, Guatemala, Chile, Argentina, Chiapas, o con Ignacio en los suburbios obreros de la gran ciudad; total, para morir no importa dónde. ¿Qué hubiera pasado si triunfamos? ¿Hubiéramos sabido qué hacer? ¿Y si nos hubiera ganado la ambición luego de colgar al enemigo?

Hubiera seguido la guerrilla cuando preguntaban si había gente digna y decíamos estar dispuestos a morir de pie antes que morir de rodillas, pero ¿cómo saber si era la guerrilla o la policía? Así se las gastaban los tiranos en mis tiempos.

No seas carne de cañón, no vayas en la punta, sé cañón. Algo hubiera sido ya, pero el hubiera no existe, no es pasado ni futuro, no es siquiera gerundio, no es nada. Algo hubiera sucedido ya, ser guerrillero como una posibilidad remota, inalcanzable... armado con fusil y tus poemas y que mueran de sida los dictadores.

Debí ser guerrillero cuando joven, hubiera ido a Nicaragua o El Salvador, me hubieran matado o tal vez no, el caso es que no fui, me quedé aquí, apoltronado. Me hubiera ido cuando pasaron por la facultad preguntando quién quería ir a Nicaragua a combatir a Somoza, pero no, me faltaron y ahora que me sobran no puedo por la salud deteriorada. Resulté con el colesterol, los triglicéridos y la presión por las nubes, me recomendaron reposo, tranquilidad y no meterme en problemas, y tengo entendido que la vida de guerrillero no es placentera.

Hay que caminar, trepar, correr, matar y convencer. Hubiera ido a comprar mis pastillas para la migraña, otras para la gota y un diazepam para dormir.

Ahora me ha dado por soñar con Nicaragua, Palestina, París, Nueva York, Londres y un pueblito no identificado a la orilla de un río, cerca de las montañas donde vivieron hace siglos unos sabios que pasaban la vida observando el ir y venir de los astros.

Hubiera sido poeta o guerrillero, los mejores oficios en la vida.

